

NOSTRA AETATE

**Cardenal Jorge Mario Bergoglio S.J; Arzobispo de Buenos Aires**

(Extraído de "El Concilio Vaticano II y los judíos", editado y compilado por los rabinos **Ariel Stofenmacher y Abraham Skorka**, Ediciones Seminario Rabínico Latinoamericano "Marshall T. Meyer", Buenos Aires 2015 / 5775)

*Nostra aetate*

**Cardenal Jorge Mario Bergoglio S.J; Arzobispo de Buenos Aires**

*“La Iglesia tiene siempre ante sus ojos las palabras del apóstol Pablo sobre sus hermanos de sangre, a quienes pertenecen la adopción y la gloria, la alianza, la ley, el culto y las promesas; y también los patriarcas, y de quienes procede Cristo según la carne (Rom 9, 4 -5), hijo de la Virgen María. Recuerda también que los Apóstoles, fundamentos y columnas de la Iglesia, nacieron del pueblo judío, así como muchísimos de aquellos primeros discípulos que anunciaron al mundo el Evangelio de Cristo. [...] Los judíos son todavía muy amados por de Dios a causa de sus padres, porque Dios no se arrepiente de sus dones y de su llamamiento [...] Como es, por consiguiente, tan grande el patrimonio espiritual común a cristianos y judíos, este sagrado Concilio quiere fomentar y recomendar el mutuo conocimiento y aprecio entre ellos, que se consigue, sobre todo, por medio de los estudios bíblicos y teológicos y con el diálogo fraterno.”*

**(Nostra aetate)**

El 28 de octubre de 1965 se promulgó la declaración Nostra aetate en el marco del Concilio Vaticano II. Si bien todos sus documentos son de suma importancia para la Iglesia, Nostra aetate -por abordar en forma tan radical la relación con el pueblo de Nuestro Señor Jesucristo- posee un valor especial.

Con esta declaración queda explicitado y promulgado, que no hay lugar en la Iglesia para las expresiones “pueblo deicida” ni “pérfidos judíos”. Las manifestaciones y concepciones que erigieron barreras –muchas veces de cizaña y odio entre católicos y judíos- debían ser erradicadas para siempre. En su lugar debían erigirse puentes de comprensión mutua y diálogo que conlleven a un sentimiento fraterno. Emergió luego un nuevo apelativo para denominar al pueblo judío: “Hermanos mayores”. A partir del clamor que surge de este documento, avizorado por Juan XXIII y firmado por Paulo VI, la aseveración que “antisemitismo es anticristianismo y anticristianismo es antisemitismo” se transformó en norma y base catequética de la Iglesia.

El movimiento engendrado por esta declaración propició las famosas visitas de Juan Pablo II y Benedicto XVI a distintas sinagogas y, en el ámbito político, al establecimiento de relaciones diplomáticas entre el Vaticano e Israel. El diálogo que permite profundizar el conocimiento mutuo, el estudio compartido y la concreción de proyectos por el bien común, recrearon en numerosos ámbitos el primigenio sentimiento de hermandad que nunca debió perderse.

# SEMINARIO

RABÍNICO LATINOAMERICANO  
MARSHALL T. MEYER

La Constitución apostólica por la cual Juan XXIII convocó el Concilio Vaticano II dice en uno de sus párrafos: “La Iglesia asiste en nuestros días a una grave crisis de la humanidad que traerá consigo profundas mutaciones. Un orden nuevo se está gestando y la Iglesia tiene ante sí misiones inmensas, como en las épocas más trágicas de la historia.” Habiendo transcurrido más de medio siglo desde que fueron emitidos, estos conceptos siguen vigentes y, en forma más dramática todavía, en el presente. Los avances tecnológicos y científicos en todos los campos de la vida, los acelerados cambios impulsados por la modernidad y postmodernidad, demandan respuestas a los estudiosos y comprometidos con la fe, inquiriendo acerca del sentido de la existencia misma.

El Cristianismo fue uno de los ejes culturales sobre los que se construyó la cultura de occidente. Sus raíces primigenias son las Sagradas Escrituras hebreas, las que a su vez, son base y fundamento del desarrollo religioso y cultural judaico. En los tiempos de crisis todos debemos echar una mirada retrospectiva a la esencia de nuestro ser, a las raíces de nuestra existencia. El ser cristiano se halla íntimamente ligado al ser judío. Los tiempos presentes demandan profundizar en el diálogo que permita, a unos y otros, hallar respuestas cada vez más significativas a la creciente complejidad que caracteriza la vida presente.

Los Profetas avizoran un tiempo en el que se servirá a Dios “hombro junto a hombro” (Sofonías 3: 9), en el que “Dios será uno y Su nombre uno” (Zacarías 14: 9), porque seguramente “no alzaré espada nación contra nación, ni habrá más aprendizaje para la guerra” (Isaías 2: 4; Miqueas 4: 3). El diálogo al que alude Nostra aetate posee estas visiones como desafío último al que deben tender de aquí en más los mancomunados esfuerzos de los católicos que saben hallar la dimensión que los une a sus hermanos mayores. Por esto mismo las declaraciones como Nostra aetate son fecundas sólo en la medida en que gestan acciones, porque el espíritu de la letra que se transforma en hechos deja de ser una mera intención para transformarse en acción viva y eficaz.

Buenos Aires, 2 de enero de 2013.